

¡Y está triste, cuando debía estar loca de felicidad y de orgullo!

Ya no escribiré á usted, amiga mía, hasta después de casada: así que salga de la iglesia, ese será mi primero y más grato cuidado. Esta boda, en que no habrá ningún pariente de César, me entristece... tampoco asistirá su madre... pero después de todo, ¡qué me importa! ¡Yo seré la Marquesa de Montemar, y Clara la esposa de un Conde arruinado!

VALENTINA.

XXXIX

Juan Bautista á su madre.

Epila, Octubre de 18...

¡Qué buena es usted, madre mía, y cómo su carta ha aliviado la pena que me devoraba! El arriero ha llegado, y se volverá sin mí; pero llevará esta carta. Madre de mi alma, aún no puedo dejar la cama... aún tengo calentura... pero muy pronto estaré bueno, porque mi corazón está alegre.

Diga usted al señor cura que recibí la *Imitación de Cristo*, que se sirvió enviarme: ese libro de los afligidos me ha consolado muchas veces cuan-

do el desaliento y la pena me tenían clavado aquí, sin que me alentase la esperanza.

Luciano y Vicente me han velado alternando durante muchas noches: al menos, mi destierro, mi soledad, mis amarguras, me han valido un excelente amigo; un amigo noble, leal, cariñoso, sincero; un amigo, en una palabra, como creo que se encontrarán muy pocos en el mundo.

Luciano es este amigo, madre mía. ¡Cuán bien sabe consolar! ¡Cuánta parte ha tomado en mis pesares, y cuánta toma ahora en la satisfacción que experimento!

Dice que algunas veces teme que voy á volverme loco de alegría; y en verdad que tiene razón, porque yo también lo he temido.

¡Ah, padres míos! ¡Qué prueba tan grande he recibido del amor de ustedes en el hecho de haber ido á rogar á la Condesa que me diese su hija!

¡Yo esposo de Mérida!

¡Yo el encargado de cuidarla, de hacerla feliz!

¡Yo el compañero de su vida!

¡En mí irá apoyada cuando pasee por los campos, cuando vaya á la iglesia, cuando visitemos las viñas! ¡Ella me dará su parecer en todo, me animará á trabajar, me alentará en las luchas de la vida! ¡Ella vendrá á mí á pedirme todo lo que quiera, y yo tendré el deber de cuidarla, de hacerla reir y de participar de todos sus pensamientos!

¡Oh santa unión la del matrimonio, cuando es sancionada por el amor y por la perfecta simpa-

tía del alma! ¡Tú eres una copia de las felicidades del cielo!

Pero, madre mía, yo estoy hablando á usted de una dicha en la que no tiene más parte que la que tomé en ella porque pertenece á su hijo. ¡Perdón, mi buena y querida madre, perdón! ¡Es una gran ingratitud la que me hace olvidar de que quizá la estoy haciendo sufrir!

Ahora, sin embargo, seremos dos á amar á usted y á mi padre. Cuando sean ustedes viejecitos, nosotros les cuidaremos en todo; nosotros trabajaremos para ustedes, en vez de que ustedes trabajen para nosotros, según me dice en su carta.

Voy á decir á usted lo que pienso hacer, para que lo consulte con mi padre.

Iré con Mélida á la capital, donde seguiré mi carrera de leyes, y así que se cierre la Universidad, volveremos al pueblo y al lado de ustedes: allí yo cuidaré de la hacienda y de los trabajos lo mismo que hasta aquí; vigilaré á los criados, y llevaré las cuentas de todo, lo mismo que antes lo hacía.

Cuando se abra de nuevo la Universidad, volveremos á marcharnos, ó si quiere Mélida, se quedará al lado de ustedes... pero no, no querrá... y á mí... debo confesarlo, se me hará muy duro quedarme sin ella.

¡Un esposo estudiante!

¿No es cierto que es muy raro? Sin embargo, yo estudiaré doble ahora que antes.

Cuando ya haya acabado mi carrera, abriré mi bufete en la capital, y ustedes se vendrán á nuestro lado. Santiago y María cuidarán de la casa y de la hacienda, y usted, madre mía, descansará.

Pasaremos los inviernos en la ciudad, y los veranos en Urrea, donde también trabajaré, porque me llevaré algunos negocios.

¿Qué le parece á usted esta vida, madre mía?

Ya ve usted que no la separo de mi pensamiento, aun cuando sueño en la mayor felicidad.

La boda que me asombra es la de Valentina con el Marqués. ¿Cómo hará para saber estar en ese elevado sitio que se ha empeñado en ocupar?

¡Cuántas y cuántas veces hará avergonzar á su esposo con su lenguaje y sus maneras, que si ahí nos parecían demasiado finas, en los salones adonde la va á llevar excitarán la risa de todos!

Jamás hubiera yo creído que su ambición llegase hasta aceptar esa posición que no le conviene.

A pesar de que nunca la he amado, no puedo menos de compadecerla.

Pero aún hay otros seres más dignos de lástima. ¡Sus padres! Sus padres, á los cuales olvidará muy pronto.

¡Pobre señora Marta! ¡Cuánto llanto debe costarle aún esa ingrata hija!

Por fortuna, la Providencia divina le ha dado otra para su consuelo.

Podrá decirseme que yo, al mismo tiempo que anatematizo los casamientos desiguales, voy á

contraer uno; pero no es el mismo caso: mi esposa sabrá ser la señora de Valdés, porque ha sido hasta hoy una joven de la grandeza.

Valentina, que no ha querido ser aldeana, no sabrá ser ahora la Marquesa de Montemar.

Madre mía, ya no quiere mi mano sostener la pluma; pero antes de decirle adiós, permítame que la pregunte si será posible que yo me case con Mélida. ¡Que me la den á mí, pobre y tosco aldeano, ella tan linda y tan delicada!

Una cosa he hallado en la carta de usted, madre mía, de la cual no he querido hablarle hasta lo último: es aquello que me dice de que si los despreciara á ustedes se morirían de pena. Si yo algún día llegase á sentir cierto despego hacia mis padres, pediría á Dios que me quitase la vida, ó me la quitaría yo, para no sobrevivir á semejante infamia.

¡Pero no! Siempre serán para mí mis queridos padres lo primero del mundo, y la misma Mélida no me amaría á no ser así.

De lo que me dice usted de la Condesa, no me extraña: yo ya creía que fuese como es, es decir, muy buena. Mélida no podía tener otra madre.

Hasta muy pronto; tal vez saldré pasado mañana. Adiós, madre mía; abraza á todos, hasta que vaya á su lado su hijo

JUAN.

XL

Mme. Honoria á Valentina.

Madrid, Octubre de 18...

¡Oh vanidad, estúpida y ciega vanidad! ¡Cuántas víctimas has hecho y tienes aún que hacer en el mundo!

¡Cómo has ofuscado los ojos del entendimiento de mi pobre niña Valentina! ¡Cómo has ocupado en su corazón el sitio de la sensibilidad, de la ternura, de la gracia exquisita que antes poseía! ¿Adónde estáis, suaves y modestas virtudes de la mujer, que huís del alma juvenil de Valentina? ¿Por qué no la acompañáis en el árido camino de la vida, flores inmarcesibles cuyo aroma suaviza todos los dolores?

Usted, hija mía, se sorprende al leer estas líneas, ¿no es verdad? Usted se dirá:—¿Qué hago yo de malo, ó que merezca las lamentaciones de la que fué mi directora y hoy es mi amiga; de aquella Honoria, siempre suave é indulgente para mí? Veamos cuál es mi delito: tomar una posición brillante, con la que mi buena suerte me convida; vengarme de una de mis compañeras de pensión,

que siempre me ha tratado con despego, robándole—robar es la palabra—su novio; querer ser la Marquesa de Montemar, en vez de ser una pobre y obscura aldeana. Veamos, veamos: ¿qué mal hay en todo esto? ¿Por qué me reconviene Honoria? Y sobre todo, ¿por qué se lamenta tanto de mi suerte venidera? ¿No es lo más brillante que pudiera desear? ¿Si ella tuviera mi edad ó tuviera pretensiones, casi, casi diría que me envidiaba!

Como en un libro abierto, leo en el pensamiento de usted: ¿no es cierto, Valentina? Y á la verdad, que no puede haber cosa más natural: si no se ha eclipsado, si no se ha muerto aquel gran talento que la sociedad, mis educandas, y usted especialmente, me han concedido tantas veces, ¿cómo no he de leer yo en las almas que he procurado formar á semejanza de la mía?

Sí: leo en ellas, y leo, sobre todo, en la de mi pobre Valentina, que se me abre como un libro en blanco, si bien obscurecidas algunas de sus páginas con las sombras de la vanidad.

Voy á responder ahora una por una á todas las objeciones que usted puede hacerme.

Su última carta, no sólo ha alarmado mi corazón, haciéndome temer para lo venidero; me ha indignado: todas sus frases, cada acento suyo, revelan la dureza de alma, la ambición y el deseo de la venganza; y á través de todo esto, ¡oh justicia divina, eterna, inmutable, como la esencia del Dios de quien procedes! A través de todo esto,

¡veo el negro áspid de la envidia que se enrosca á su corazón, más negro, más terrible, más asqueroso y devorador que nunca; más sañudo que cuando sólo le mostraba las perfecciones y la altivez de Clara de Campoverde! ¡Sí, Valentina! ¡Usted ve hoy que de nada le han servido sus coqueterías, sus intrigas! Sí: Clara se casará con Camilo, á quien conozco desde que éramos niños los dos, y que es el esposo que á ella le conviene.

A través de la pena que me causa la obcecación de usted, un rayo de dicha espléndida, riente, lleno de alegría y de luz, penetra en mi alma al ver cómo se cumplen los votos que yo he formado tantas veces por la futura dicha de Clara y de Camilo.

«Un solo hombre existe, escribía yo hace poco tiempo á Clara, uno solo, que pudiera hacer de usted una mujer modelo, el tipo perfecto de las esposas y de las madres que han nacido bajo el dosel de la alta nobleza.» ¡Y ese hombre, Valentina, era Camilo de Peñafiel!

La divina Providencia se ha valido de la debilidad de usted y ha separado á César de Montemar del camino de la vida de Clara, para poner en él á Camilo. ¡Bendito sea Dios!

No creo, mi querida Valentina, que esta alegría le parezca una ofensa en el hecho de sentirla, cuando estoy dudando de su dicha venidera; soy feliz en cuanto á lo que concierne á Camilo. ¡Si supiera usted cuánto le amo! Mi afecto para él, el

suyo para mí, es uno de esos lazos fuertes que el mundo, con todas sus infamias, no alcanza á romper ni aun á debilitar. Mi madre, que era una paisana de las cercanías de París, buena y honrada como la de usted, fué su nodriza dos años después que yo naciera. Camilo era cuando niño de endeble salud, y no queriendo sus padres exponerle á las fatigas del viaje cuando fué el Conde de Peñafiel de embajador á Inglaterra, ni someterle á aquel áspero clima, le dejaron aún algún tiempo al cuidado de mi buena madre.

El niño había nacido en Madrid, y aquí se crió los primeros tres meses de su vida; un viaje que sus padres tuvieron que hacer á Francia le dejó sin nodriza, pues la suya no quiso seguirle.

Mi madre tampoco hubiera abandonado su casita de Passy, á pesar de lo que amaba á Camilo: así es que por esta consideración, y por la de estar el niño endeble y enfermizo, le dejaron bajo el amparo de mis padres.

Yo, como mayor, cuidaba de Camilo, y ya tenía éste tres años cuando un amigo de sus padres le llevó á Londres, donde residían; pero nunca olvidó el niño á su hermanita Honoria, que le mecía y le dormía en la cuna. La Condesa, buena y tierna tanto como hermosa, escribía á mi madre de cuando en cuando, y al volverse á España pasaron por París sólo para vernos.

Camilo tenía cinco años, y yo siete: me reconoció, y se echó llorando en mis brazos.

—Juana—dijo la Condesa Laura á mi madre,—dé usted á Honoria una buena educación, y yo la costearé. Aquí la mujer puede aprender algo que le haga ganar su subsistencia: colóquela usted en un taller de pintura ó que aprenda bien la música; en fin, que sea algo, y pídamle usted cuanto haga falta: por lo pronto—añadió dándole su bolsillo,—aquí tiene usted para los primeros gastos.

En efecto, mi madre me colocó en un taller de pintura. Camilo me escribió desde que cumplió nueve años; todos los domingos tenía carta suya, y así seguimos hasta que, á la muerte de su madre y para distraerle de la tristeza que le devoraba, le trajo su padre á París.

Yo pintaba entonces países de abanicos; mi padre había muerto, y mi jornal no nos daba á mi buena madre y á mí más que para vivir con bastante pena.

El Conde nos hizo cerrar la casita de Passy, y nos regaló una escritura en la que aseguraba á mi madre dos mil francos de renta vitalicia.—Esto—le dijo—se lo da á usted Camilo. Juana, vénganse ustedes á París, para que podamos vernos todos los días. Todo lo que Laura amaba, todo lo que ama mi hijo, es sagrado para mí.

Algunos meses después, el Conde, enfermo, emprendió, por consejo de los médicos, un viaje por toda la Europa. Camilo le acompañó y le perdió en Alemania, hallándose huérfano á los diez y seis años y dueño de una fortuna inmensa.

Camilo volvió á España, y poco después me casé yo con un hombre que me hizo muy infeliz.

Ocho años duró aquella unión, y deshecha por la mano del que todo lo puede, reuní mis escasos recursos y vine á Madrid, donde abrí la casa de educación, que fué desde luego favorecida con la confianza de muchas buenas madres.

Camilo hizo su carrera en aquellos ocho años en la Universidad de Madrid. Quería ser algo más que rico, y llegó á ser, en efecto, un brillante abogado; después volvió á salir para sus viajes. Jamás ha dejado de escribirme y de llamarme hermana: siguió con los ojos del alma todos mis infortunios, y la madurez de su juicio le permitió bien pronto, aunque más joven que yo, aconsejarme como un padre.

Cuando quedé viuda, y muerta ya mi madre, quiso que siguiera disfrutando la pensión que su padre nos había dado; pero yo la rehusé tenazmente: él era joven, yo también, y no insistió.

Pero su delicadeza y su admirable generosidad me han seguido siempre y hallado mil medios para ser en todas ocasiones el mejor, el más noble, el más tierno de los hermanos.

Todo lo que dice César acerca de su casi pobreza, es cierto; y no es éste solo el caso: todas sus riquezas se han consumido en acciones generosas; no diré que no haya cometido también muchas locuras. Camilo es hombre de grandes pasiones, y debe haber probado todas las emociones

de la vida, aunque en ellas, como todos los seres dotados de un alma privilegiada, habrá recogido más espinas que flores.

He aquí, Valentina, la historia de Camilo. No quiero ocultar á usted que iba á escribirle persuadiéndole á que se casase con Clara, cuando recibí su carta de usted en la que me anunciaba este mismo propósito. Debo asegurarle también que no la conoce; pero sé que la Condesa Laura era amiga íntima de la Condesa de Campoverde: la oí hablar mil veces de ella con entusiasmo; la oí citarla como modelo de hermosura, de virtud, de distinción y de gracias; y basta para Camilo que Clara sea hija de la amiga querida de su madre, para que lave, del único modo que puede hacerlo, la mancha que César ha echado sobre esa familia.

Esa unión será dichosa: á pesar de no amarle ella, de no conocerle siquiera, y de mediar, respecto de él, las mismas circunstancias, están de una parte la protección, de otra la gratitud, de las dos el talento y ese noble orgullo que contiene siempre al borde del abismo.

¡Ah, Valentina! ¡Ah, hija mía! Más temo, sí, temo mucho más por la suerte de usted que por la de Clara: si aún es tiempo, rehusé el matrimonio con el Marqués de Montemar. La Mariscala no la acepta á usted por hija... Tenga usted un poco de noble orgullo, de que hablé antes, y desdénese ser, á su pesar, la esposa de su hijo. En la clase media hallará usted muchos jóvenes que la

amarán como se merece; muchas familias que la desearán en su seno. Usted no es pobre del todo, y puede hacer un casamiento modesto, pero feliz.

Piense usted en que ya ha nacido en su corazón el odioso sentimiento del desprecio hacia sus padres... ¡Esto es horrible, Valentina!

Arroje usted la vanidad que la ciega, y llame en su auxilio al orgullo de toda alma buena y recta; si no quiere usted vivir en la aldea, se volverá usted á mi lado... Sí: todo será mejor que arrebatarse un hijo á su madre... porque ese hijo le echará á usted la culpa algún día de sus desgracias y extravíos.

HONORIA.

XLI

Juan Bautista á Luciano.

Urrea de Falón, Octubre de 18...

Alguna desgracia espero que se desplome sobre mi cabeza: tal es la idea que tengo de la inestabilidad de la dicha humana, que no disfruto una alegría tras de la cual no vea la negra sombra de un cercano pesar. Ahora, Luciano, soy tan dichoso, que siento redoblados mis temores, por tener la seguridad de no merecer tanta felicidad.

Llegué sano y salvo al lado de mis queridos padres, y bajo el cielo en que *ella* respira. Conforme iba aproximándome á este rinconcito feliz, que, como dice el señor cura, es un canastillo de flores, me parecía que el aire estaba embalsamado con el aliento de Mérida... tal era la dulzura del ambiente.

La atmósfera retrataba el azul de sus grandes ojos; las últimas hojas de los árboles se mecían con ese triste, pero grato, ruumor del otoño.

—¿Qué tienes, Juan?—me dijo mi hermano Santiago, que caminaba junto á mí montado en su mula.—¡Qué callado vas! Yo, que he querido venir á buscarte para presenciar tu alegría, ahora te veo silencioso y triste. Anda, hombre, ámate, que muy pronto hemos de hallar á padre y madre, que saldrán á esperarnos.

—Santiago—le respondí:—este silencio que te extraña, esta inquietud que no esperabas, nacen del arrobamiento de mi alma. ¡Cuando se siente mucho, se habla poco ó no se habla nada, que es lo mejor! ¡Soy tan dichoso, que no me lo creo!

—¡Mira!—dijo mi hermano en vez de responderme, señalándome un altito del camino.

Miré, en efecto, y vi la blanca cabeza de mi padre y el severo y tranquilo semblante de mi madre.

Alrededor de ellos estaban nuestros cuatro criados y todos los trabajadores de la casa, que habían salido á darnos la bien llegada.

Al ruido de nuestras mulas, aún muy lejano, levantó mi madre los ojos y dejó escapar un grito: más que su vista, su corazón le había avisado que llegábamos; levantóse, y mi padre y todos los nuestros la imitaron.

Digo los nuestros, y bien puedo decirlo, Luciano, porque todos los que nos sirven lo son en cuerpo y alma.

Todos se acercaron á nosotros; Santiago y yo desmontamos, y me hallé en los brazos de mis padres.

¡Oh, instante de suprema dicha! ¡Con nada puedes compararte, á no ser con la alegría del amor correspondido!

—¡Hijo mío, qué flaco, qué pálido estás!—exclamaba mi madre, separándose un poco para mirarme y besándome de nuevo con íntima ternura.—¡Tus ojos, que parecían dos estrellas, están apagados y tristes! Pero ya todo se acabó, ya lo sabes; serás dichoso, hijo mío: vas á casarte con Mélida, que te espera, y su madre también. Vamos, vamos, Matías—dijo volviéndose á mi padre:—dí palabra á la señora Condesa de estar allí á la una, y no quiero faltar á ella.

Los criados llevaron á casa las mulas; mis padres, Santiago y yo fuimos á pie hasta el castillo de la señora Mariscala, que se divisaba muy cerca.

Algunos criados que había en el patio se descubrieron al vernos: ¡qué cierto es que los servidores imitan casi siempre á sus amos!

Uno de ellos nos acompañó hasta un gran salón: allí había otro criado vestido de negro, con frac y medias de seda blancas.

Abrió una puerta, y nos hallamos en presencia de tres señoras.

Mis ojos y mi corazón volaron hacia Mélida: al ver su figura delicada y casi endeble, su dulce rostro, sus grandes ojos azules y aquellas suaves y puras facciones, detrás de las cuales se diría que brilla la sacrosanta llama del talento, mi alma entera se agitó con una sacudida tan violenta, que tenía algo de dolorosa; me pareció que nunca la había visto tan bien como entonces, y el temor de perderla se levantó de nuevo, terrible y amargo, delante de la luz de mi dicha.

Ella me dirigió su dulce sonrisa, más elocuente que todas las palabras.

Cerca de Mélida vi á la señora Mariscala, casi tendida en un ancho sillón de terciopelo; ¡qué diferencia de aquella doliente figura á la altiva señora que he visto pasearse tantas veces por nuestra alameda en su blasonado carruaje! ¡Qué pálida, qué demacrada, qué triste está! ¡Y es su culpable hijo quien causa esa aterradora mudanza! ¡Ah! Si mis padres se hubieran opuesto de esa suerte á mi casamiento con Mélida, yo hubiera sido quien tal vez hubiera muerto de dolor; pero jamás les hubiera desobedecido, como lo hace el Marqués casándose con Valentina.

La Condesa, hermosa aún como su hija Clara,

dulce y simpática como su hija Mélida, se adelantó á recibir á mi madre, y le dió la mano afectuosamente; luego tomó la mía, se volvió á su hija, y le dijo con dulzura y serenidad:

—Mélida, aquí tienes á Juan Bautista: infórmate de su salud, en tanto que yo fijo con sus padres el día de vuestra boda.

Mélida me alargó la mano á su vez, y yo la tomé con tal emoción, que debí palidecer mucho, porque Mélida exclamó:

—¡Dios mío, se pone malo!

La Mariscala me alargó en silencio su frasquito de sales, de oro, guarnecido de brillantes.

—Brianda—dijo la Condesa á la pobre madre, —ánimate, habla, amiga mía. ¿Qué te parece Juan Bautista?

—¡Muy bien!—respondió la Mariscala.—¡Ojalá que ella fuese así! Este joven tiene la nobleza del alma; ella no, porque se ha empeñado en entrar en mi familia contra mi voluntad.

—Señora Catalina—dijo la Condesa,—estamos en jueves: este primer domingo se leerán las amonestaciones, y el lunes se casarán en el oratorio del castillo. Lo que se ha de hacer, hacerlo pronto, porque nada hay que esperar.

Mi madre perdió el color.

Mi casamiento, al verle de lejos, no le asustaba gran cosa; al ver la proximidad de él, le aterraba.

Me miró, y al observar la expresión triste de mis ojos, dijo haciendo un esfuerzo heroico:

—Bien está: se casarán el lunes.

—Y ahora, señora—dijo mi padre muy alegre, —voy á dar un abrazo á mi hija. No tenemos otra: bien venida sea.

Mélida abrazó á mi padre con efusión, y le presentó su blanca frente, donde el anciano depositó un beso; luego fué hacia mi madre, que la abrazó también, pero con mucha frialdad.

Desde este instante consideré á Mélida como mía. Hoy es viernes, Luciano: dentro de tres días seré su marido; paréceme imposible que haya en la tierra una dicha mayor que la que ahora experimento, y, sin embargo, la hay... ¡He de ser mucho más dichoso el lunes, porque ELLA será mi esposa!

Al empezar ésta, te dije que temía para el porvenir... pero no... hago mal... ahora estoy confiado: espero ser muy dichoso y hacer la felicidad de esta adorada niña.

Te escribiré pronto, Luciano; pero no sé cuándo á punto fijo. Hasta que recibas carta mía, sé dichoso pensando en la felicidad de tu

JUAN.

XLII

Mme. Honoria á Camilo.

Madrid, Octubre de 18...

Hace dos días recibí tu carta: todo lo que en ella me dices acerca de haberse roto el matrimonio de César, y del nuevo casamiento que va á llevar á cabo, lo sabía ya. Largo sería de referirte por qué combinación de circunstancias ha llegado esto á mi noticia, y sólo te diré que supe por Valentina tu decisión de casarte con Clara de Campoverde, sabiéndolo ella á su vez por César, á quien tú se lo decías al reconvenirle por su locura.

¡Coincidencia extraña! Al recibir yo la carta de esa pobre niña obcecada, en la que me decía, enviándome á Clara, que ibas á casarte con ella, tenía la pluma en la mano para desahogar contigo mi corazón, contándote cómo la noble y desgraciada Condesa de Campoverde, la amiga de tu madre, había apurado un nuevo dolor con el desaire inferido á su hija.

Debo decirte la verdad, como siempre, Camilo. No me atrevía á pedirte que te casaras con Clara,

y, sin embargo, te conozco, y abrigaba una vaga esperanza de que lo hicieras. ¡Si vieras qué dichosa soy al saber que has pensado en ello! Camilo, ¿por qué prodigio de nuestra mutua comprensión pensamos los dos del mismo modo en todos aquellos casos en que el corazón toma la iniciativa y la razón decide? ¿Por qué ves tú las cosas por igual prisma que yo? ¿Tú, hombre fuerte, probado por la adversidad, halagado por la fortuna y que has gustado todos los sinsabores y todas las dulzuras de la vida! ¿Tú piensas lo mismo que yo, pobre mujer, débil é ignorante, que no conoce el mundo ni ha tratado más que con niñas! Luego lo verdaderamente bueno lo es para todos, y los yerros del corazón humano nacen única y exclusivamente de que deseamos y logramos alucinarnos con sofismas dictados por la vanidad ó por nuestras ruines pasiones.

¡Gracias, Camilo, por casarte con Clara! ¡Gracias por ella, y, sobre todo, por su madre! Lo que haces es una obra buena, que, sin embargo, no será recompensada por la felicidad en los primeros años de tu unión: tienes que educar á Clara, que no lo está, porque su carácter duro se ha resistido al dulce yugo que yo quise imponerle; pero ella tomará esta educación de su mismo amor, porque te amaré de todo corazón.

Y ¿cómo no? ¡Es imposible que ninguna mujer se te resista! Yo misma, con la mano puesta sobre mi corazón, me he preguntado muchas veces

si era amor esta admiración apasionada, esta afección tierna que siento hacia ti... pero una voz clara y grave, la voz de la verdad, me ha dicho que no, y que sólo me inspirabas el cariño de un hermano.

¡Ella te amará, sí! Pero ¿y tú á ella? ¡Ay, no lo sé!

Las naturalezas fuertes y enérgicas, como la tuya, necesitan otra naturaleza dulce y suave, porque la ley de los contrastes es la que más impera. ¿No te serán antipáticos el carácter áspero y fuerte de Clara, su voluntad indomable, y hasta su enérgico modo de sentir?

Piensa bien en esto, Camilo; piensa en que sabiendo que el matrimonio es un lazo que ahoga á tantos, has huído de él hasta ahora; porque más generoso será dejar á Clara con su injuria, que sujetarla al martirio eterno de un matrimonio sin amor y sin ilusiones.

A pesar de vivir en el retiro, me ha aterrado muchas veces el leer en el corazón de algunos esposos: he visto á varios que, creyendo amar á su mujer, han estado, sin saberlo ellos mismos, apasionados de otras hasta la ceguedad; yo lo conocía; las desgraciadas esposas lo conocían también, y ellos eran los únicos que lo ignoraban.

Estúpida creencia es pensar que el hombre que se casa ahoga su corazón para todas las mujeres, excepto la suya. ¿Acaso dejan las otras de ser bonitas, coquetas é interesantes, porque él haya ele-

gido compañera? ¿Acaso la sociedad no le hace ver en menguante los atractivos de la que posee? ¿Acaso él no agrada á las otras, por la misma razón que agradó á la suya?

Camilo, todo esto que te digo lo sabes tú mejor que yo; porque tú has amado ya á más de una mujer que era de otro, y debes tener presente que otros pueden amar á la tuya.

Sin embargo, si alguna mujer es susceptible de una mudanza feliz, esta mujer es Clara.

Tú eres el único que puede hacer de ella un ángel, una criatura sublime; con otro cualquiera hallaría el más terrible dolor que puede encontrarse en el matrimonio: el de ver que su marido valía menos que ella; contigo, no: tu superioridad es inmensa, y ella tiene bastante talento para conocerla y apreciarla.

Adiós, Camilo. Medita antes de contestarme, y si son ciertos los temores que abrigo, si los abrigas tú también, no me contestes y renuncia á ese casamiento.

—¡Ya me abrumba la soledad en que vivo!—me decías hace poco tiempo;—¡ya deseo un hogar y una familia!—¡Ay, Camilo, créeme! Vale más la soledad helada, pero tranquila, que los prosaicos dolores de la vida que se pasa con una desagradable ó triste compañía. Piensa en tí al mismo tiempo que en Clara, y mira si tu grandeza, si la elevación de tu talento pueden rebajarse hasta la pequeñez de los cuidados del jefe de una familia,

tan arduos para otros, y que serán para ti de una abrumadora vulgaridad.

Ya sabes que vives siempre en la memoria de de tu hermana

HONORIA.

XLIII

Camilo de Peñafiel á la señora Condesa de Campoverde.

París, Octubre de 18...

Tengo el honor, señora Condesa, de pedir á usted la mano de su hija, la señorita Clara de Campoverde.

Soy el Conde Camilo de Peñafiel: mi padre se llamaba como yo, y hacía justicia á las bellas cualidades del carácter y del corazón de usted.

En cuanto á mi madre, era aquella hermosa Condesa Laura, tan tierna, tan amable, tan caritativa para los desgraciados, tan buena para todos.

Usted la recordará, señora, y sabrá que no hay exageración en lo que digo.

Era usted su mejor amiga, y esto basta para que, al saber yo que la boda de la señorita Clara con el Marqués de Montemar se ha deshecho, haya decidido casarme con ella, si me cree, lo mismo que usted, digno de este honor.

Si yo dijera que estoy enamorado de ella, señora, mentiría, y no lo diré, porque no sé mentir; pero lo que sí debo asegurar á usted para su tranquilidad, es que la amaré con el tiempo, que la haré dichosa, y que jamás tendrá motivo de arrepentirse por habérmela dado.

Ahora, señora Condesa, me toca hablar á usted un poco de otras cosas para que se decida á aceptarme, lo que será para mí una gran alegría, ó á rechazarme, en lo que recibiré un verdadero pesar.

Soy un hombre de honor, y esto lo creará fácilmente, habiendo conocido á mis padres. Así, no dudará de mi veracidad al decirle yo que en lo físico me parezco á ellos, y también un poco en lo moral; en cuanto á mi fortuna, sólo quedan restos de ella, y eso que era magnífica; pero mis locuras, y el haber hecho favores á otros tantos ingratos, se la han llevado casi toda: apenas me quedan de cinco á seis mil duros de renta, según he visto al poner en orden mis asuntos para saber lo que podía ofrecer á la señorita Clara. Esto le parecerá á usted muy poco, si recuerda que la de mi padre ascendía á algunos millones; pero yo no me creo pobre, y aun sin nada me creería rico, puesto que soy abogado, y sé pintar lo bastante para ganar el pan necesario á mi familia y á mí.

Clara vivirá con la decencia que conviene á su ilustre nombre y al no menos elevado que yo voy á darle; no podrá derrochar, pero no tendrá pri-

vaciones: todas aquellas pequeñeces que una joven esposa apetece y necesita para ser feliz, yo se las procuraré por medios honrosos; nada más puedo ofrecerle. Señora, dígame usted si lo cree bastante.

Fijaremos nuestra residencia en Madrid: no trato de separarla de su madre; pero pasaremos cada año, ó cada dos, tres meses en París, y todos los años otros meses en el campo.

Nuestros gastos serán modestos; pero ella los arreglará, sin hacer yo otra cosa que darle algún consejo y encargarle que tome los de usted.

Por mi parte, sólo pido que tenga un modesto carruaje: no me conformo con que ande á pie sino cuando lo prefiera.

Iremos poco á las fiestas del gran mundo; pero no desapareceremos por completo de él: los Condes de Peñafiel tendrán su sitio en la sociedad, que no deben abandonar.

A nuestra mesa se sentarán siempre los necesitados, pero nunca los parásitos.

Clara arreglará la servidumbre y los gastos de mesa, según los ingresos; tendrá un caballo de silla, y yo otro, para dar largos paseos, ambos de subido precio y pura raza; en una palabra, no carecerá de nada que sea indispensable para su decencia, recreo y comodidad; pero me pesará mucho que haga á la vanidad el menor sacrificio.

He aquí lo que soy y lo que seré, señora Condesa: un hombre honrado, pero pobre. Me parece

que es lo que una madre como usted deseará para su hija.

Si ella me admite; si cree que podrá ser dichosa á mi lado, respóndame lo antes posible: sólo espero su carta para ponerme en camino, á fin de celebrar en seguida nuestro enlace.

Hasta que tenga la dicha de llamarme su hijo, soy, señora Condesa, su más respetuoso servidor que besa sus pies,

CAMILO, CONDE DE PEÑAFIEL.

XLIV

La Condesa á Camilo.

Urrea de Jalón, Octubre de 18...

He recibido, señor Conde, la apreciable carta de usted, que he enseñado á mi hija. Yo he derramado lágrimas de gratitud al leerla, y ella también: ambas admitimos la oferta que nos hace, como un rasgo de generosidad.

Clara será su esposa con alegría, con gratitud; su pobre espíritu, abatido con lo que ella llamaba su afrenta, se ha reanimado; ya he visto aparecer en sus mejillas el bello color de rosa que para siempre creía huído; ya brillan sus grandes ojos

negros; ¡ya le ama á usted! Su alma altiva y generosa sabe apreciar toda la grandeza de su oferta, y la admite con la misma noble franqueza con que usted se la hace.

—¿Por qué te habla de su fortuna?—me ha dicho después de leer la carta de usted;—lo mismo le admitiría y le amaría si fuera un pobre artista; lo mismo si fuera cojo, manco ó le faltase un ojo. ¡Lo que le ha conquistado mi corazón es su nobleza... casi puedo decir su caridad!

Y, sin embargo, señor Conde, usted debe saber que se ha deshecho la boda de mi hija por el mismo Marqués de Montemar, y éste, para excusar su inconsecuencia, le habrá pintado á mi pobre Clara con odiosos colores... Esta idea me estremece, y también á ella... ¡Pero no importa! Tanto más agradablemente se sorprenderá al verla, porque mi Clara es hermosa y es buena, á pesar de su carácter altivo é impetuoso. El amor hará de ella una mujer sublime: yo lo espero... estoy segura de que así sucederá.

¡Con qué ansia le esperamos á usted, ó más bien te esperamos, mi querido hijo! Bien te puedo llamar así, porque muchas veces, muchas, te he mecido cuando tenías pocos días: yo contaba algunos años menos que tu madre, y, sin embargo, ella era también muy joven. Era una niña adorable y adorada de cuantos la trataban, y en la que no he dejado de pensar ni un solo día desde que la perdí.

—¿Será bien parecido, madre mía?—me decía hoy Clara;—¿se asemejará á su padre ó á su madre?

—A cualquiera de los dos que se asemeje, debe serlo—le respondí yo.—Su madre era un ángel de hermosura; su padre, el tipo acabado de la belleza varonil; además, ¿no ves que él mismo dice que se parece á los dos?

—¡Oh! ¡es que sería demasiada felicidad!—exclamó ella, alzando al cielo su rostro radiante de ventura y lleno de lágrimas.

Camilo, pues así te llamaré ya, también mi hija es pobre: tú lo debes saber, y quizá el saberlo es una de las razones que te hacen pedir su mano. Puedo darle poco, porque mi fortuna ha padecido grandes reveses; sin embargo, el arreglo de vuestra casa, modesto sí, pero elegante, es de cuenta mía; su equipaje también, y Clara hallará en su gaveta una suma para que podáis vivir el primer año, hasta que regularices tus rentas; no rehuses estos modestos dones, Camilo: á veces es también una delicada generosidad el admitir.

Puedo dar asimismo á Clara la casita de campo que ha de albergaros una parte del año, y algunas tierras colindantes; y para tranquilizarte, te aseguro que soy más espléndida con mi hija menor, que se casa con un joven que no es otra cosa que el hijo de un honrado aldeano.

Ven, pues, Camilo, y te casarás con Clara el mismo día que ellos: mis hijas lo desean, y yo

tendría esto como un buen presagio para el porvenir.

Yo estoy tranquila y contenta, y sólo hay una nube en mi felicidad: mi amiga la Mariscala, la madre de César, está peligrosamente enferma; su hijo se casa con la hija de un vecino de este pueblo. ¡No hay remedio! Todas las reflexiones que se le han hecho para que desista, han sido inútiles: se casa el mismo día que mi hija Mélida, en el oratorio del castillo. La Mariscala me ha dicho que, enferma y todo, quiere irse á la ciudad para no hallarse aquí el día que se verifique tan odioso enlace. Ven tú, Camilo: las diligencias se harán al instante, y yo tendré quizá el consuelo de retener á mi pobre amiga, que adora á Clara, y se quedará por amor á ella, ya que no por amor á su hijo.

Os estoy arreglando la habitación que yo ocupaba, y que os cedo, porque es hermosa y capaz; yo, sola, viviré ahora en cualquier parte... Mañana salgo para Madrid, á fin de dar á la casa la última mano, y Clara me acompañará.

Ella te dice que te espera, y yo te pido que apresures tu llegada para que sea completa nuestra felicidad.

LA CONDESA DE CAMPOVERDE.

XLV

Clara á Mme. Honoria.

Castillo de Montemar, Octubre de 18...

Ayer, á las siete de la tarde, señora y amiga mía, se celebró mi casamiento, al mismo tiempo que el de mi hermana, en el oratorio del castillo.

¿Qué diré á usted de Camilo, si ya le conoce? ¡No lo sé, porque me parece el ideal de la humana perfección!

Llegó por la mañana, en su silla de posta: mi buena madre y yo le esperábamos con el ansia que usted misma puede suponer; mi angelical hermana, mi querida Mélida, á pesar de estar próxima á ver colmados todos sus deseos, no podía disimular la angustia que la atormentaba, hasta ver llegar al Conde. A la una descubrimos desde el gran balcón del castillo, donde nos hallábamos las tres, el polvo que levantaba en el camino el tiro de su silla de posta. Un grito de alegría se escapó de nuestros labios... Si no hubiera venido... ¡qué terrible desgracia, sobre todo para mí, que le esperaba con toda la impaciencia del amor!

Pero no: él es incapaz de faltar á sus palabras. En su última carta nos anunció que llegaría á la una, y á esa hora se apeaba á la puerta del castillo.

Vi un hombre cuya figura estaba dotada de una distinción suprema: joven, elegante, de apostura grave y varonil.

Subió sin detenerse, entró en el salón, y mi madre se adelantó á recibirle algunos pasos.

—Aquí estoy, madre mía—dijo Camilo alargándole sus dos manos:—¿es aquella mi Clara?

Yo estaba trémula y confusa; pero él debía conocerme por alguna descripción muy fiel de mi figura, porque se dirigió al instante hacia mí, sin equivocarme con mi hermana.

—¡Es mucho más hermosa de lo que yo creía!—dijo con una admiración que llevaba el mismo sello de verdad que todas sus palabras y que todas sus acciones.—Vamos, Clara—añadió:—mírame á tu vez para que me digas lo que te parezca.

Yo levanté los ojos, y quedé deslumbrada: tanta es la pureza y perfección de su rostro noble y hermoso, apasionado y dulce.

—Mi hija menor—dijo mi madre presentando á Mélida, que enjugaba algunas lágrimas de alegría;—y este joven, su futuro esposo—añadió señalando á Juan Bautista, quien, grave y sereno, presenciaba aquella escena sin decir una palabra.

Camilo tomó de la mano á mi hermana; miró su carita dulce y blanca, y exclamó con el acento de la verdad:

—¡Oh, qué linda figura! ¡Qué encantadora niña!—
—¡Cuidado, que está allí el novio!—dijo riendo mi madre.

—¿Y qué importa?—repuso Camilo:—lo que digo es verdad, y él no se enojará de oírlo, cuando, por el contrario, debe halagarle.

—No por cierto, señor Conde—dijo Juan Bautista:—yo quisiera que todos hallaran á Mélida tan bonita como yo.

—Lláname tu hermano, amigo mío, y dime tu nombre.

—Juan Bautista—dijo Mélida.

Al oír la dulce voz de mi hermana, se volvió Camilo vivamente; pero la calma tornó muy pronto á posesionarse de su noble apostura, y alargó la mano á Juan, que la estrechó cordialmente.

¿Qué más diré á usted, mi querida amiga? Camilo pasó un buen rato conversando con nosotros, y luego cada uno se fué á vestir para la ceremonia; pasamos á ver á la Mariscala, pero estaba en su lecho, aletargada por una aguda fiebre que cada día parece crecer más y más. No nos oyó ni nos atrevimos á hablarle por no empeorar su estado.

Mañana salimos Camilo y yo para esa corte, y en breve nos veremos. Mamá se queda aquí para cuidar á su amiga, á la que no quiere abandonar.

César se ha casado con Valentina, en el mismo oratorio, después de celebrar la boda de Méli-

da y la mía. Ya no les odio: me son indiferentes, y he podido saludarles sonriendo. Soy tan dichosa, que ahora agradezco al Marqués el desaire que me hizo, y que me ha llevado á casarme con Camilo.

Adiós, amiga mía: la abraza su feliz Clara, que hoy se llama con inmenso orgullo,

LA CONDESA DE PEÑAFIEL.

XLVI

Mélida á Mme. Honoria.

Castillo de Montemar, Octubre de 18...

Anoche, á las siete, mi querida é inolvidable amiga, me uní con lazos indisolubles á mi querido y excelente Juan Bautista. Su padre, su madre y su hermano asistieron á la boda: el primero y el último parecían alegres y felices; en cuanto á su madre, parecía abatida y desesperada.

Apenas alzó la cabeza, y una expresión sombría brillaba en sus pupilas al terminar la ceremonia.

Mi madre les invitó á quedarse á cenar, con esa dulzura que le es propia; pero ella contestó bruscamente:

—Yo no me quedo. Matías y Santiago harán lo que les parezca.

Estos, que se hallan dominados por esa pobre mujer, víctima de su carácter violento, la siguieron, no sin dirigirme una triste mirada.

—¿Por qué no te quedas tú, Santiago?—pregunté yo á este excelente muchacho.

—¿Qué dices?—exclamó con terror.—¡Tú no sabes cómo se pondría madre! No puede ser, aunque mucho lo deseo; pero, paciencia: los padres antes que todo.

—Nosotros iremos así que acabemos de cenar—dijo Juan Bautista con firmeza.—Padre, venga la llave para no incomodar á nadie, porque tal vez iremos tarde.

La señora Catalina salió sin despedirse, seguida de su esposo y de su hijo.

—¡Perdónala!—me dijo Juan en tono suplicante:—no te conoce bien; ¡pero luego te adorará! Si te incomoda su genio áspero, no creas tampoco que consentiré en que lo sufras: al momento nos separaremos y nos iremos á nuestra casa.

—¡Dejar á tus padres! No me hables de eso—le dije.—Creo, como tú, que tu madre me amará así que me conozca mejor; y si esto no sucede, lo tomaré como una cruz que me impone la Providencia.

La cena, á pesar de todo, fué triste. Valentina, que se ha casado también con César después que nosotros, era la única persona que estaba alegre.

Ocupábamos la mesa los tres matrimonios, mamá y el niño Aurelio, que no cesa de preguntar por su madre. ¡Pobrecito! ¡A no ser por la mía, se hallaría solo en poder de los criados!

En vano trataba mamá de animarnos á todos: ella misma se hallaba triste. ¡Ha casado á sus dos hijas, y se queda sola... ¡Sola! ¡Jamás lo estará mientras vivamos Clara y yo! ¡No en vano ha sido esta madre ejemplar la mejor y más tierna amiga de sus hijas! ¡No en vano nos ha querido con tanta pasión! Presumo, amiga mía, por lo que he visto en las capitulaciones matrimoniales, que se ha desposeído de todo por nosotras... pero todo lo que tengamos ambas será suyo, y además Clara y yo queremos formarle una renta vitalicia que le permita pasarlo con holgura.

Vivirá una temporada con Clara y Camilo, y otra con Juan y conmigo; y la que se quede sin ella, deseará ardientemente volverla á poseer.

Clara es dichosa, y no me admira: su marido puede causar envidia á todas las mujeres. ¡Qué encantadora figura! ¡Qué nobles maneras! ¡Qué elegancia de lenguaje!

He advertido que Valentina le miraba con una tenacidad extraña durante la cena. Ésta sale esta noche, con su esposo, para París, sin cuidarse César de su desgraciada madre, á la que tal vez no hallará con vida á la vuelta.

Clara va á ésa; yo estoy desde anoche en casa de los padres de Juan, que miro como mía... No

me atrevo á escribir más por hoy, querida amiga... Veo negras nubes en el cielo de mi porvenir; no por mi marido, que es el mejor y más noble de los hombres, sino por su madre, que no puede vencer la aversión que me tiene; pero todos estos nublados de la vida los disipa la augusta mirada de Dios.

Véngase usted á mi lado algunos días, y será dichosa su apasionada amiga,

MÉLIDA CAMPOVERDE DE VALDÉS.

XLVII

Valentina á Mme. Honoria.

Castillo de Montemar, Octubre de 18...

¡Ya soy la Marquesa de Montemar!

Anoche, á las siete, se celebraron tres bodas muy distintas en el oratorio de este castillo, que ya puedo llamar mío: la de las dos hermanas Campoverde y la mía.

¡Qué hombre tan admirable es el Conde de Peñafiel! ¡Ha sobrepujado á todo lo más bello y más grande que yo soñaba!

Me saludó con mucha frialdad, y pareció mirar á Mérida con creciente interés, siempre que no miraba á su orgullosa Clara.

A la verdad, que no podía llamar gran cosa su atención el atavío de las dos hermanas: sólo llevaban unos sencillos vestidos blancos de muselina; el mío era de tisú, blanco también, guarnecido de encajes que sujetaban lazos de perlas.

César quiso hablar al Conde dos ó tres veces; pero éste huyó sin afectación de que le dirigiera la palabra.

—¿Por qué no le obligas á que te escuche?—le dije yo á César;—¿no está en tu casa?

—Por lo mismo—me respondió,—debo evitar las contiendas con él; además, le respeto demasiado, y tengo como un gran honor el que se digne estar aquí, aunque sea por pocas horas.

¡Qué imbécil es algunas veces este César!

Clara parece desafiarme porque ha alcanzado un esposo como nunca lo podía esperar, y al lado del cual parece el mío un chiquillo de la escuela; pero ya nos hallaremos en los salones, y me vengaré. César le dice á ella *señora Condesa*, y ella á él *señor Marqués*; á mí procura no dirigirme la palabra para no darme el título.

A pesar de todo, soy la Marquesa de Montemar, y tengo un esposo débil, á quien dominaré á mi antojo. Ya he empezado á conocer hasta dónde llega el ascendiente que tengo sobre él: no quería salir para París, porque decía que no podía resolverse á dejar á su madre enferma y sola; pero yo me puse tan indignada al oírlo, que al instante me ofreció que partiríamos cuando fuese de mi agra-

do: yo, que no hallo la hora de verme fuera de este caserón, le he exigido que partamos esta misma noche.

Mi madre llora todo el día, y no hay fuerzas humanas que la separen del castillo, con lo que yo me hallo de pésimo humor. ¡Cuánto deseo perder de vista este país y esta dichosa familia que tanto me avergüenza!

¡Oh, París! ¡Cuántas veces he dicho que no le vería nunca, y ahora voy á ir á él, con una corona de Marquesa sobre la frente!... ¡Cuántas galas voy á comprar! ¡Qué magníficas joyas voy á escoger en los grandes almacenes del Palais Royal! Porque César es muy rico, y no me negará nada; es débil, y una sonrisa mía le vuelve loco.

Todavía no he visto á la Mariscala: dicen que ha perdido el conocimiento, y que el médico ha ordenado que no entre nadie á incomodarla... ¡Tanto mejor! De esta suerte me ahorro el mal rato de la despedida.

Desde París escribiré á usted. Mientras tanto, vea, amiga mía, si le puedo ser útil en algo, y no dude que será siempre su apasionada

LA MARQUESA DE MONTEMAR.